

## Una lectura de Emmanuel Levinas

MAYTE MORALES SANTOYO

*Ética e infinito* (Visor, Madrid, 2000) de Emmanuel Levinas es una obra de carácter recopilatorio, ya que en ella podemos ver un resumen de los temas más importantes de los que se ocupa su filosofía. El libro, originariamente publicado en francés en 1982, incorpora en la edición citada una introducción realizada por el traductor, Jesús María Ayuso Díez; gracias a él también podremos toparnos con abundantes notas a pie de página, que ayudarán al lector no versado en temas filosóficos a entender mejor tanto la filosofía de Levinas, como a comprender conceptos filosóficos generales. La estructura del texto es un diálogo mantenido entre el filósofo francés Philippe Nemo y Emmanuel Levinas, dividido en diez capítulos, cada uno de los cuales trata de un tema diferente: la Biblia, Heidegger, el «Hay», la soledad del ser, el amor y la filiación, la responsabilidad para con el Otro... tal y como explica Philippe Nemo en la introducción, las conversaciones «constituyen una presentación sucinta de la filosofía de Emmanuel Levinas...».

Como ya se ha dicho, en esta obra encontramos el pensamiento de Levinas sobre diversos temas; por ejemplo, en la primera conversación Nemo le pregunta cómo ha reconciliado el pensamiento bíblico y el filosófico, la respuesta de Levinas comienza con una pregunta a la pregunta: «¿Acaso tenían que conciliarse?». Para él la filosofía y la religión no son disciplinas antagónicas; justo al contrario, explica que los textos de los grandes filósofos le parecieron siempre más cercanos a la Biblia que opuestos a ella. En el mundo moderno (o más bien postmoderno) en que vivimos, desde la enseñanza secundaria del instituto nos llevan a creer que Filosofía y Religión son disciplinas antagónicas, (de hecho el propio sistema educativo siempre las ha separado entre Valores Éticos o Religión) en las que cada una tiene su propio ámbito de realización.

La fe y la razón no se dan la mano en los ámbitos en que nos movemos, sin embargo Levinas nos explica que «todo pensamiento filosófico reposa sobre unas experiencias prefilosóficas» y que para él la Biblia formó parte de esas experiencias prefilosóficas que lo llevaron a evolucionar hacia una forma más elevada en su pensamiento filosófico posterior. De la misma manera que le influyeron otras lecturas, como fue el haber leído los grandes escritores rusos.

Levinas nos habla de la importancia de Heidegger y de su influencia en la filosofía. Su aprecio por Heidegger se deriva principalmente de su admiración por *Sein und Zeit*, para él una obra cumbre de la historia de la filosofía, que influyó mucho en el trabajo que el propio Levinas realizó sobre «la teoría de la intuición»<sup>1</sup> en Husserl, así como en los análisis posteriores de los considerados «existencialistas». Levinas concluye que, a pesar de que Heidegger nunca se haya disculpado por su pertenencia al nacional-socialismo, su obra *Sein und Zeit* es la razón primordial de que siga siendo considerado un gran filósofo.

Entre los diversos temas que plantea Levinas, el más importante y revelador a mi juicio es cuando habla del Otro (del prójimo), tema que comienza en el capítulo siete. Por la concepción del «rostro» del otro, Levinas hace caer en la cuenta de que «en el rostro hay una pobreza esencial», el rostro es la parte más desnuda, más desprotegida del hombre, así también «el rostro es lo que nos prohíbe matar». En el rostro es donde descubrimos al «Tú», cuando la persona se desviste de sus múltiples roles y deja de ser un personaje, en el rostro empieza el discurso del Otro, ante el rostro tengo que dar una respuesta. Pone el ejemplo de la dificultad de callarse en presencia del Otro, hay que hablar aunque sea del tiempo. La misma idea se desarrolla en el capítulo ocho, con «la responsabilidad con el Otro», la responsabilidad empieza desde que acepto y albergo el rostro del prójimo.

Esta idea del Otro se va desarrollando a lo largo del libro, y su exigencia como compromiso con el Otro va a ser tan absoluta que Levinas nos advierte que el compromiso es total y puede conducirnos a la muerte. Es una filosofía muy radical, pero creo que es justamente esta radicalidad la que nos conmueve y atrapa como lectores: «Yo soy responsable del otro sin esperar la actitud re-

---

<sup>1</sup> Se refiere a *La théorie de l'intuition dans la phénoménologie de Husserl* (1930). Levinas reflexiona sobre el conocimiento filosófico de la verdad a partir de la teoría de la intuición elaborada por Husserl.

cíproca, aunque ello me cueste la vida... Soy yo quien soporta todo». Además da igual que esta responsabilidad por el Otro sea aceptada o rechazada, no es lo importante que el Otro la asuma o no, sigue siendo mi cometido como espíritu humano, hacer algo por el Otro, dar, esta es nuestra característica esencial en tanto que humanos (y no ángeles, como apostilla el autor).

Levinas desata frases tan extremas como «soy responsable de las persecuciones que yo sufro. ¡Pero solo yo!», «...soy responsable incluso de la responsabilidad del otro». Por tanto, nos obliga a una responsabilidad total, pero no simétrica, yo me pregunto si esto implica cargar sobre mis hombros todas las acciones e incluso los pensamientos del Otro. Me viene a la mente lo que dijeron muchos de los discípulos de Jesús después de haberlo oído hablar de que su carne es verdadera comida y su sangre verdadera bebida. «Dura es esta doctrina. ¿Quién puede tolerar este lenguaje?» (Jn 6, 60). Igual de dura para mis oídos es esta doctrina, porque me cuesta pensar que la vida del Otro es más importante que la mía misma. A mí personalmente me gustaría más la idea de compartir simétricamente la carga con el Otro, pensar que yo soy al menos tan importante como el Otro, la responsabilidad ética es necesaria, pero ¿es realmente necesario que sea una responsabilidad llevada a un grado tan extremo? Y, aunque a «mi yo humano» le cuesta muchísimo aceptar esta idea, «mi yo religioso» reconoce en ella las enseñanzas de Jesús, que hizo justamente con su vida eso mismo, dar su vida por nosotros.

En el último capítulo, Levinas reconoce la dificultad de esta ética en nuestra sociedad, él nos dice que «no se puede, en la sociedad tal como funciona, vivir sin matar o, al menos, sin preparar la muerte de alguien», porque ciertamente desde la Biología se nos recuerda constantemente que toda especie vive a expensas de otra (así introduce aquí Nemo su pregunta). Y es que el hecho de estar dentro de la vida nos obliga a desarrollar ciertas capacidades y aptitudes, donde casi siempre la preocupación por el Otro es lo último, si acaso ocupa algún lugar. Y para conseguirlo, para entrar en el juego de la vida, la primera exigencia ética que tenemos es sobrevivir. La segunda, desarrollar nuestra capacidad de enfrentarnos a un mundo físico en que priman las necesidades materiales de nuestro cuerpo, aunque no sean las únicas exigencias. ¿Podemos acaso sobrevivir sin lucha? Nemo le pone aquí contra las cuerdas al decirle: «¿Llegaría hasta decir que usted no tiene el derecho a vivir?». Pero Levinas vuelve a su idea básica de que el Otro es lo que verdaderamente nos debe importar: «una vida en verdad humana no puede quedarse en vida satisfecha en el seno de su igualdad al ser, vida de quietud». Lo que quiere decir que nuestra

realización en la vida pasa por «desembriagarnos» de nosotros mismos, como él explica, «el ser jamás es su propia razón de ser». Nuestra razón de ser es el Otro/los Otros.

«Es esta una exigencia de santidad», como explica Levinas en el capítulo nueve, y aparece aquí la idea de Infinito. «El rostro significa el Infinito» son sus palabras. Aquí entiendo que él concibe al Otro como algo infinito, por tanto mi relación con el Otro es también infinita, con lo cual por eso mismo mi responsabilidad con el Otro también es infinita. O sea, que la ecuación toma unas dimensiones aún mayores, porque no soy sólo menos importante que el Otro, sino «infinitamente» menos importante.

Pero, ¿es esto admisible en el mundo que habitamos? Lo único que me hace recordar esta ética de Levinas es la doctrina del cristianismo, y es una ética para un mundo que ahora no existe. Es una ética cuando menos peligrosa, porque pone en riesgo nuestra vida, y, sin embargo, sabemos por las enseñanzas de Jesús que es donde encontraremos la verdadera vida. Nos dice Jesús, «Porque todo aquel que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará» (Mt 16, 25). Reconozco aquí un principio duro y difícil de entender (no digamos cómo llevarlo a cabo), a pesar de ser una verdad inquebrantable de nuestra doctrina cristiana. Es una Ética para «hacer» santos, porque lo que se dice «ser» santos, ninguno lo somos. Tal como dice Levinas, solo el hipócrita podría decir que lo es.